

libro, pues esta primera novela es de aquellas que vacían a sus autores, paralizados ante el horror y la grandeza de quien logra engendrar otra vida. Ana García Bergua redacta con la aparente facilidad de quien juega al piano, escanciando una melodía cuya gravedad sólo se advierte en el recuerdo. La autora, finalmente, al dedicar *El umbral* a su hermano Jordi García Bergua (1957-1979), autoriza la comparación. Este escritor dejó una novela póstuma que nos ha inquietado a algunos. ¿En que se parecen *Karpus Minthej* de Jordi García Bergua y *El umbral*? Ambas son novelas fantásticas y románticas, y son un dúo que prueba, como quería Thomas Hardy, que el *genius diaboli* es una sustancia que sabe transmutar de alma en alma. Los hermanos García Bergua han dado a la literatura mexicana esa escasa e inquietante sinecura que llamamos aire de familia.

Entre las novelas de Ana García Bergua y Pablo Soler Frost (1965) priva una empatía profunda. Basta comparar los primeros párrafos de una y otra: son dos libros que se presentan como secuencia y anticipación de una saga maravillosa. Demuestra tanta seguridad la prianza con la que Ana García Bergua y Soler Frost convocan a sus ancestros, que me arriesgaría a hablar de una ruptura generacional entre este par y los narradores «fantásticos» anteriores. Mientras que las fabulaciones de Hugo Hiriart, el primer García Bergua, Ruy Sánchez y Emiliano González tienen mucho de pleito casado con el realismo social y vernáculo, en obras como las de Ana García Bergua y Soler Frost asistimos a una celebración despreocupada y dichosa. Parecería que para los jóvenes novelistas los días de combate contra la tradición consagrada sucedieron en un tiempo inmemorial y que la batalla fue ganada de manera tan contundente que resulta ocioso preguntarse dónde quedó, si lo hubo, el país de Agustín Yáñez o de Juan Rulfo. El crítico sabe que una literatura sin pasado es ilusoria, pero se sorprende al leer autores que parecen venir de tierras tan lejanas y presentarse ante la tradición con tanto desparpajo, exhibiendo su otredad sin culpa y sin sorpresa.

Pablo Soler Frost ha publicado dos novelas, una dedicada a las guerras bizantinas (*Legión*, 1992) y otra a la navegación guillermina (*La mano derecha*, 1993). Como Ana García Bergua, Soler Frost es más padre que hijo de sus lecturas, pero a diferencia de ella, no parece haber necesitado del dolor para crecer como escritor. Soler Frost es un fabulador nato, ese viajero bien dispuesto a cruzar todas las fronteras hasta hallar la fuente primordial en su literatura.

*Legión* de Soler Frost es una novela que rinde homenaje a los guerreros bizantinos, a sus batallas crudelísimas y a sus amores de campamento. Más que una novela histórica es una fantasía novelesca chocarrera y cómi-

ca que se sirve con abundancia del vasto universo bizantino durante su esplendor hacia el año mil. *Legión* es una parodia deliberada de las tempranas, olvidadas y aborrecidas «novelas griegas» (circa siglo II d.c.) de las cuales la más famosa fue *Dafnis y Cloe* de Longo, y la más vilipendiada aquella que Heliodoro tituló las *Etiópicas*.

Fiel al modelo de Heliodoro, *Legión* imita la desbalagada serie narrada por los bizantinos para divertir a los jóvenes retóricos y malquistarlos con la abulia pastoril. *Legión* es la historia del adolescente Basilio y del estratega Pathmos a través del amor homosexual, las guerras y la magia. Soler Frost parece parodiar, inclusive, la barbarie que la filología ática advirtió en las «novelas griegas», características por la pobreza de sus personajes y el enrevesamiento de la trama. En *Legión* la erudición bizantina se torna bizarra: torneos, torturas y espadaos conspiran para volver difícil una narración que vista en conjunto acaba por ser un ajeteo ajeno al lector. Algo hay en *Legión* de jugueteo postmoderno, como si los libros de Jünger y las caricaturas de Asterix hubieran sido programados como un videojuego.

*La mano derecha (Novela con fotografías)* cuenta una saga dinástica y marítima que en menos de 200 páginas recorre Dinamarca, los mares del sur, el cuerno de África y los escenarios submarinos de la primera Guerra Mundial. Al narrar las aventuras de los capitanes Jensen, Soler Frost prueba ser un meticuloso artesano capaz de construir una embarcación detalladísima en el interior compacto de una botella vacía. Todo cuanto había de precipitación y desaseo en *Legión* ha desaparecido en esta segunda novela, cuya prosa obedece al imperio de la precisión prescrita por esas cartas náuticas que el capitán Jensen obedece hasta morir. No menos notable es la recreación de época lograda por el novelista, donde otra erudición, esta vez la pelágica, colorea esa Alemania guillermina que permite hasta la presencia a bordo de un misterioso y evidente A.R. rescatado en Adén. La aventura marinera, dice Fernando Savater a propósito de *La isla del tesoro*, es la más perfecta y absoluta de las aventuras. Bajo esa sentencia puede leerse *La mano derecha*, insólita novela de aventuras escrita en México a finales del siglo XX. Soler Frost anuncia al concluir la continuación de su saga en libros venideros, pues se sabe dueño de la ansiedad del lector, deseoso de seguir el periplo de los Jensen. ¿Qué novelista coetáneo nuestro se puede dar el lujo de prometer una secuela?

La afinidad entre *La mano derecha* y *El umbral*, insisto, no deja de inquietarme. Tanto Soler Frost como Ana García Bergua escriben guiados por un temperamento que parece borrar, en el dominio de la narrativa, aquella vieja y prestigiosa separación estética entre vida y literatura. La inmersión de Soler Frost en los helados páramos de Jutlandia, como la

búsqueda telepática del hermano perdido y elegido en Ana García Bergua, son experiencias literarias más profundas y arriesgadas que las que ofrece regularmente el escritor ansioso de complacer a su época.

Es difícil averiguar si un escritor se divierte al componer una novela. Digamos en cambio que Soler Frost y Ana García Bergua nos han hecho felices porque se atrevieron a escribir la continuación de los libros que leyeron cuando niños. Libros que no son muy distintos a los que leyó Vasconcelos en el Campeche de su adolescencia, esa «maldita literatura romántica» que le dio, entre otras cosas, un destino de narrador y aventurero.

Obras como las de Ana García Bergua y Pablo Soler Frost son, por otro lado, consecuencia de una revalorización crítica y editorial de la literatura fantástica y de la novela de aventuras. De J.R. Tolkien a Michael Ende, el siglo XX llega a su fin con una urgente necesidad de «evasión», liberada esta palabra del desprestigio infamante con que la cubrieron los marxistas y los psicoanalistas. Tras el fracaso de la invitación al suicidio de la novela que propusieron algunos franceses en el medio siglo, desprestigiadas las corrientes académicas que pretendieron la liquidación logocida del pensamiento moderno, la literatura vuelve a encontrar su cauce natural entre las humanidades. Esta evolución vuelve a tornar permisivas las aduanas literarias, que nos permiten recibir de nuevo la visita foránea de antiguos conocidos, tías solteronas o guerreros sobrevivientes de la clausura. Este sentido de comunidad con la literatura como viaje maravilloso me parece que es lo que ofrece una obra como la del colombiano Álvaro Mutis (1923), cuya mención es indispensable como eslabón entre Pablo Soler Frost y Julián Meza, el autor que sigue en mi recorrido antológico.

Álvaro Mutis, como sabemos, es un gran poeta que ha dedicado los últimos diez años a escribir novelas y relatos. Su caso, infrecuente en el mundo hispánico, no es único en la historia literaria. Mutis es el hombre viejo que ha alcanzado una segunda adolescencia, recuperando el aliento novelesco de sus lecturas de juventud, enriquecidas por una vida dilatada y rica que, empero, ya se conocerá otra oportunidad que no sea la de la literatura. No es éste el lugar para hablar de la saga novelística de Maqroll el Gaviero, hermosa y excepcional y, Dios me perdone, abundante en pifias propias del narrador principiante. Quiero resaltar la peculiar influencia que Mutis ha difuminado sobre la narrativa mexicana reciente, transmitiendo su confianza en los poderes primigenios de la aventura, alentando la vigencia de Conrad o descubriéndonos las historias que guarda la cripta de los Capuchinos. Católico y conservador, admirador de Felipe II y de Chateaubriand, tan sentimental como el marqués de Bradomín, hay un Mutis narrador cuya lección, original e irrepetible, ha sido seguida por algunos jóvenes escritores de México.